



LÚCULO Y NINA.

TRADICION GALLEGA.

I.

HERMENERICO, rey de los suevos, reinaba en toda la Galicia por los años de 412, y como el horror, la desolacion y todas las plagas juntas, como dice muy bien un historiador moderno, vinieron á España en pos de los feroces bárbaros sali-

dos de las orillas del Danubio, el conquistador, lejos de aliviar la suerte del pueblo, imponía pesados tributos, y consentía que sus recaudadores se valiesen de muy odiosos medios para sacar contribucion á las familias insolventes.

Imposible es pintar la miseria de Galicia y Asturias en aquella época, que recuerda la historia en desdoro de los salvajes de la Germania. Las villas y aldeas presentaban un aspecto triste y sombrío; las chozas hallábanse desamparadas, y casi todos los aldeanos tenían pintada en el rostro la espresion de amenazadora tristeza que siempre revela alguna calamidad pública. Baste decir, que era tal la desolacion, que muchos pueblos mudaban de nombre para tomar otros mejor apropiados á su actual espantosa situacion.

Así sucedía á un puertecillo de mar, que convertido en teatro de la rapiña de los recaudadores públicos, habia dejado su antiguo nombre por el de *Queinven*, palabra céltica que significa lamento. Pescadores casi todos los habitantes de aquel pueblo, aunque este ramo de industria no enriquece, hubieran podido vivir cómodamente sin las cargas escesivas que sobre ellos pesaban y que de modo alguno podian soportar.

En dos leguas á la redonda no se encontraba una cabaña que contuviese algun mueble ó herramienta de valor; y hasta habia familias que lloraban la pérdida de sus hijos, vendidos para pagar el impuesto á *extranjeros que pasaban el mar*, como dice un cronista; de suerte que los pobres galaicos echaban de menos la dominacion romana, mas justa y elemente.

Entre las chozas de Queinven que mas habian sufrido, habia una situada junto á la boca del puerto por el lado que da frente á la bahía. Habitada por una vieja y dos niños, solo contenia bancos de madera mal labrados, camas de yerbas marinas cubiertas de velas de barco y pieles de lobo; y del techo pendian cenachos de juncos para el pescado, en los cuales se llevaba á la villa y aldeas inmediatas. Todo lo demas se habia vendido, porque los recaudadores no se paraban en barras, y en la plaza de Queinven vendian cuanto designaban, sin hacer caso de los lamentos lanzados por sus víctimas.

Un dia hallábanse los dos niños sentados al sol á la puerta de su choza delante del mar, tranquilo á la sazón, y componian unas redes viejas, colgadas de la pared exterior. La anciana se paseaba apoyada en un baston de acebo, y algunas veces se paraba á contemplar á los niños, los cuales trabajaban con destreza, sin pensar en la miseria y la desgracia. La anciana no pudo reprimir un suspiro, y Lúculo la dijo:

—¿Por qué suspiras, abuela?

—¿Por qué jime la paviota cuando la tempestad amenaza? dijo la anciana tristemente.

—¡Oh! nada hay que temer, repuso el niño: el día está soberbio; el aire caliente, y tendremos buena pesca.

—Buena, ó mala, será muy difícil pagar la contribucion.

—¡Y bien! saltó Nina, ¿qué pueden sacarnos los hombres negros, si todo se lo han llevado?

—¡Pobres niños! murmuró Kebana; vosotros no sabeis hasta donde llega la crueldad de los tesoreros del rey.

—Abuela, si nos echan de aquí, dijo Nina, iremos en busca de un país gobernado por un príncipe menos malo que el rey Hermenerico; y en la marcha, para mover la piedad ajena y ganar el pan cotidiano, así como albergue de noche, yo cantaré alguna balada.

—¡Oh! cántanos alguna cosa, hermanita, porque me gusta mucho oírte.

Nina entonó con voz dulce y monotonía una tierna balada, y cuando acabó de cantar, se le acercó un anciano diciéndole:

«¡Bien, Nina! has cantado como una tortolilla.

—Buenos días, padre Marcos, dijeron la anciana y los dos niños.

—Dios os proteja, amigos míos, dijo el anciano pescador dando la mano a Kebana, y un abrazo a Nina y Lúculo.

—¿Qué hay de nuevo? preguntó Kebana?

—Nada, respondió Marcos con abatimiento. Como sabeis, vengo del pueblo inmediato, donde he visto cosas muy horribles.

—¿Qué habeis visto, padre Marcos? preguntó Lúculo.

—He visto vender las cosas arrebatadas al pueblo, entre las cuales habia...

—¿Qué? dijo Nina, asustada.

—¡Niños, querida mía, niños!

—¡Paciencia! ¡paciencia! exclamó la abuela; un perro rabioso no se contenta con una mordida.

—¡A menos que no se le mate! replicó Marcos.

—¿Y quién se atrevería a intentarlo? ¿no habeis dejado a mi hijo en manos de los corchetes, contentándoos con murmurar?...

¡Ya se vé, los recaudadores tienen a sus órdenes tantas picas!

—Esto es muy triste, madre Kebana.

—¡Sí, padre Marcos, es odioso! ¿sabeis cuando estarán aquí los tesoreros del rey?

—Mañana por la noche a más tardar.

—¡Marchemos! exclamó Lúculo de repente, marchemos a la pesca, padre Marcos, y mañana antes de ponerse el sol traeremos el reposo y la felicidad en nuestras barcas!

—Sí, dijo el padre Marcos; el día es soberbio para la pesca de la sardina, y antes que la marea haya subido dos veces, estaremos aquí de vuelta. Venderemos la pesca, y pagaremos la contribucion.

Algunos minutos despues, Kebana y Nina vieron á los recaudadores atravesar la boca del puerto. Las barcas, provistas de buenos velachos, entraron en la bahía y se deslizaron sobre las tranquilas ondas, hasta que desaparecieron despues de doblar un cabo hácia el N. O.

La abuela y su nieta se abrazaron llorando luego que perdieron de vista las barcas, y se disponian á entrar en la choza cuando oyeron de pronto, aterradas, el sonido de una trompeta. Aquella señal anunciaba que los tesoreros del rey acababan de llegar á Queinven, y que al dia siguiente apenas amaneciese se daría principio á la exaccion de las respectivas cuotas.

II.

Puro y radiante apareciera el sol para alumbrar la escena que iba á pasar en la plaza de Queinven, donde los recaudadores públicos no tardaron en establecer su derrama. Pronto se llenó la plaza de jente, reuniéndose en grupos, en los cuales se hablaba en voz baja de los corchetes, quienes con sus luengos cabellos y sus crecidas barbas, llamaban la atencion de la multitud.

En el puerto estaba amarrada una galera francesa, y los marineros comian calentándose al sol, mientras un hombre envuelto en una ancha capa, y de largo bigote, se paseaba acá y allá, dirijiendo la palabra algunas veces á los recaudadores, y sin hacer caso del pueblo que lo miraba con desconfianza.

«Por el alma de mi padre, decia en un grupo un jóven llevando la mano al puñal, que es de muy mal agüero la presencia de ese marino.

—Los lobos se comen á los carneros, respondió uno que estaba á su lado. ¿Por qué nos resignamos á ser carneros?

—Es preciso aguardar, Arnoldo, repuso un anciano triste y severo; no basta tener justicia y razon; tambien es necesaria la fuerza.

—Madre Kebana, decia en otro grupo una jóven que llevaba un niño en brazos, me faltan cuatro dineros (1) para completar mi cuota: ¿creéis que los hombres negros me concederán un plazo?

—No lo sé, porque este año son mas crueles que nunca.

—¿Me quitarán mi hijo? preguntó la jóven asustada.

—No, no, repuso la madre Kebana, procurando tranquilizar á la infeliz.

En aquel momento se dejó oir el sonido de la trompeta, agolpóse la multitud hácia donde estaban los recaudadores, y el

(1) Moneda antigua.

jefe de estos pronunció la fórmula siguiente en medio del mas profundo silencio:

«En nombre del rey, nuestro amo y señor, nosotros sus humildes tesoreros venimos á requerir á todos sus súbditos de esta villa por el pago de contribuciones, tributos é impuestos que tiene á bien sacar á su amado pueblo. Declaramos ademas que perseguiremos por todo rigor de derecho á los que no paguen, exigiendo una multa de doce libras (1) á los que estén ausentes y no tengan quien responda por ellos.»

Despues de esta corta alocucion se sentó, y en seguida uno de los recaudadores comenzó á llamar á los vecinos, mientras otro se disponia á apuntar las sumas recibidas por el jefe.

El primer nombre que se pronunció fué el de la jóven del niño, la cual se acercó temblando á la mesa de los tesoreros y depositó la suma que tenia en la mano.

«Faltan dos dineros, dijo el depositario frunciendo las cejas.

—Concededme unos dias, y os los daré, dijo la pobre madre en tono de súplica.

—Dentro de algunos dias estaremos lejos de aquí, respondió el tesorero con sequedad.

La jóven quiso hablar; pero varios corchetes se apoderaron de ella y se la llevaron.

Se pronunció otro nombre, y acercóse Arnoldo el del puñal, mas sombrío y resuelto que poco antes.

«Señores, dijo á los tesoreros; mi padre acaba de morir, y he gastado en su entierro todo cuanto tenia. De consiguiente, aguardad mejores dias, y en el *interin*, hablad al rey de nuestra miseria, con lo cual hareis una buena accion.

—¡Ah! ¡ah! dijo el tesorero, ¿peroras en vez de pagarnos? ¡Magnífico!.... ¿Tienes alguna cosa en tu cabaña?

—Nada, respondió Arnoldo con voz hueca.

—¿No tienes una barca?

—Sí, soy pescador, dijo animándose.

—¡Pues bien! aprende otro oficio, porque tu barca vá á ser vendida.

—¡Miserable! gritó Arnoldo furioso, sacando el puñal y arrojándose sobre el tesorero; moriré, pero á lo menos tú espíarrás tu crueldad!»

Rudo fué el golpe, pero mal dirigido, y pasó el puñal entre el brazo y el cuerpo. Los corchetes se apoderaron de Arnoldo, y sin hacer caso de la indignacion popular, le ataron para conducir-lo á alguna mazmorra, donde le esperaba la muerte, como á tantos otros.

(1) Otra moneda antigua.

Quando el tumulto que produjo aquella escena se calmó un poco, continuó la lista, y después de una veintena de nombres se oyó pronunciar el de Kebana. Inmediatamente se presentó esta con la frente inclinada y apoyándose en su bastón.

«¿Pagas, vieja? dijo bruscamente el depositario.

—Probablemente pagaré esta noche, porque mi nieto....

—¡Ah! sí, es justo interrumpió el que leía la lista: la nota dice que tienes dos nietos.

—Lúculo está pescando, y sin duda vendrá esta noche con buena pesca.

—No podemos esperar: ya hallaremos en tu choza alguna cosa que vender.

—¡Ay! dijo la anciana; nada contiene que valga la pena de ser vendido.

—¡Bah!... y tu hija?

—Está con su hermano.»

El recaudador se dirigió á los corchetes y les dijo con marcada intención:

«Id á la choza de la vieja, y cojed todo lo que encontreis en ella, todo, lo oís?»

La anciana, á pesar de su gota y sus ochenta años, saltó como una leona que teme perder sus cachorros, y salió de la plaza queriendo dejar atrás á los corchetes; ¡pero ay! la faltaron las fuerzas, y al apoyarse en su bastón, se rompió este, y la anciana cayó en tierra, lanzando un grito lastimero. Varias personas acudieron á socorrerla, mas la hallaron inmóvil, pues había muerto.

«Siga la lista, pues á este paso no acabaremos hoy.»

Así dijo el tesorero, y los nombres se sucedieron con rapidez, á despecho de las súplicas, los lamentos y las imprecaciones que se elevaron de todas partes. Muebles, utensilios, niños, todo se llevaba al muelle, y se oían gritos, y juramentos que hacían creer que todo Queinven se hallaba en completa rebelión. Las madres pedían sus hijos; los niños llorando tendían los brazos á sus madres, y los corchetes con el bastón en la mano les cerraban el paso, mientras que los hombres taciturnos y afligidos deliberaban entre sí, casi dispuestos á apelar á la fuerza para rescatar sus hijos robados. No se atrevieron á hacerlo, porque acostumbrados á la resignación, la debilidad había penetrado en sus corazones; de suerte que dejaron vender al traficante francés toda aquella mercancía humana.

III.

Al anoecer, en el mismo momento en que los jóvenes esclavos, entre los cuales se hallaba Nina, subían medio muertos

á la galera francesa, Marcos y Lúculo, que habian hecho una buena pesca, entreban cantando en Queinven. Sin embargo, pronto conocieron que los tesoreros se hallaban en la poblacion, y Lúculo, terriblemente alarmado, amarró de prisa su barca, y dejando á su compañero ocupado en plegar la vela y recoger los remos, se arrojó á la playa pálido y agitado, atravesó rápidamente la plaza, y llegó á la choza, en la cual habia dos mujeres sentadas junto al cadaver de Kebana.

El pobre niño se quedó estupefacto al pronto, pero luego prorrumpió en sollozos, y precipitándose sobre el cadaver, lo estrechó en sus brazos convulsivos y lo cubrió de besos y lágrimas. Despues miró espantado á las mujeres, diciendo:

«¿Dónde está Nina? ¿dónde está mi hermana? ¿por qué no está aquí?»

Las dos mujeres guardaron silencio.

«Hablad, hablad!

—Ha sido vendida, respondieron.

—¡Vendida! ¡vendida! ¡Dios mio! es imposible; ¿dónde está?

—Todavía está en el puerto la galera.»

Lúculo contempló á su abuela por breves instantes, la besó en la frente y abandonó la choza. Marcos le salió al encuentro, y deteniéndole, le dijo:

«Nina se halla en la galera.

—Y mi abuela está en la choza tendida en su lecho de yerbas.

—¿Mala?

—¡Muerta!

—¡Dia de desgracias! exclamó el anciano ocultando una lágrima.

—Padre Marcos, cuidad del entierro de mi abuela, que yo voy en busca de mi hermana!»

Cuando llegó al puerto, los remeros estaban en sus bancos y la galera iba á partir. Los esclavos acababan de ser encerrados en la bodega, y solo se esperaba la orden del capitán para ponerse en movimiento. Lúculo consiguió abrirse paso por en medio de la agolpada muchedumbre, se acercó á la galera, y de un salto cayó dentro con escándalo de los marineros.

«¿Quién eres? le preguntó el capitán en lengua céltica.

—Lúculo Prastiñí.

—¿Qué quieres?

—Venderme.

—¿En cuánto?

—En lo que querais.

—¿Seis libras?

—Corriente.»

El comandante sacó las monedas de una bolsa de cuero que pendia de su cintura, las dió al mancebo, y conduciéndolo á la

bodega lo introdujo en ella y cerró la puerta. Lúculo dirigió una mirada rápida y escudriñadora á los niños allí amontonados, y apenas vió á su hermana se arrojó en sus brazos.

« ¡Pobre hermana mia! murmuraba con voz ahogada, estrechándola contra su corazon.

— ¡Tú aquí, Lúculo! decia Nina estupefacta..... ¡Oh! tú vienes á sacarme de aquí ¿no es verdad?..... Pronto, pronto, vámonos, que abuela nos estará esperando.

— No nos aguarda, dijo Lúculo suspirando.

— ¿Qué quieres decir? ¿no soy libre? ¿cómo es que estas aquí?

— Ni mas ni menos que tú, Nina.

— ¿Esclavo?

— Esclavo, pues me he vendido.

— ¿Te has vendido?..... ¿y para qué?

— ¡Para estar á tu lado, para consolarte! exclamó Lúculo.

— ¡Oh mi buen hermano!

— Solo habia un medio de llegar aquí para protegerte..... para salvarte si es posible, añadió en voz baja..... Este medio no era otro que venderme, y me he vendido. Estás contenta, hermana?

— Mira, dijo Nina, enjugándose las lágrimas, ya estoy alegre..... Contigo sufriré las desgracias con valor..... ¿Pero qué pensará abuela de tí?

— No tengas cuidado por ello, hermana.

— ¿Sabe que estás aquí?

— Lo aprueba, estoy seguro de esto.

— ¿Y quién la cuidará faltándole nosotros? quién la mantendrá?

— ¡Ay! ¡á nadie necesita ya! dijo Lúculo con acento desgarrador.

Nina miró á su hermano, y al verle llorar, comprendió al fin; oprimiéndose el corazon, y dio al llanto rienda suelta, ocultando el rostro en el pecho de su hermano. En el mismo instante se agitó la galera, y el ruido de los remos dió á conocer á los cautivos que se alejaban de su pueblo natal. La multitud arrojó desde el muelle gritos espantosos, á los cuales respondieron los niños con gemidos y sollozos; pero á poco los unos lloraban y los otros habian secado sus lágrimas, porque estas se agotan pronto, sobre todo, en la infancia.

IV.

La galera era pesada y se alejaba con lentitud, porque el viento soplaba de la parte del mar, y los franceses no podian hacer uso de sus velas. Así es que al cabo de una hora, aun se

veía desde Queinven el farol colgado en el mastil de su galera.

En el camarote donde estaban encerrados los esclavos hacia un calor sofocante, de suerte que estos, despiertos y bañados de sudor, se disputaban delante de las lumbreras el aire que por ellas penetraba. Lúculo y Nina se mantenían delante de una lumbrera, y no por egoísmo sino porque el mancebo acababa de formar un proyecto para cuya realización precisamente era necesario no moverse de aquel sitio. A pesar de la oscuridad, á pesar de la distancia, pensaba en huir y escapar al poder de los franceses á toda costa.

Inclinóse pues hácia el oído de Nina, y el siguiente diálogo se entabló entre ambos:

«¿Hermana, tienes fuerza y valor?

—¿Qué quieres decir, hermano?

—Quiero decir que si no tienes miedo podemos volver á Queinven.

—¿Y cómo?

—A nado.

—¿Pero si apenas sé nadar?

—Sabes bastante para mantenerte á flor de agua, agarrándote á mi cintura.

—Mira que distamos media legua del puerto.

—Lo sé; pero podemos ir á descansar á un islote que está á un cuarto de legua, y cuando la marea esté á punto de sumergirlo, harémos otro esfuerzo hasta llegar á Queinven. Ea, Nina, resolución, y nos salvamos!

—¿Pero cómo salir de aquí?

Lúculo mostró la ventanilla.

«¿Por esta lumbrera? dijo Nina; nos oirán caer á la mar.

—No, porque no nos soltaremos hasta que los remos batan el agua. Decídetelo pronto, pues cada momento que se pasa aumenta las dificultades.

—Hermano, tengo miedo; vete solo.

—Bien; supuesto que te asusta mi proyecto, no hablemos de él mas; permánezcamos en la esclavitud, y pronto nos venderán, á tí á un amo y á mí á otro.

—Oh! no, exclamó Nina, primero la muerte.

—Nina, los esclavos se dan al que mas paga.

—Sí, pero la noche está muy oscura.

—Tanto mejor, respondió Lúculo.

El mancebo y su hermana se despojaron de la ropa que podía embarazar sus movimientos, y la arrojaron al mar. Lúculo puso sobre el banco del camarote las seis libras que le había dado el capitán, y con gran sorpresa de los demás cautivos pasó por la ventanilla, y con las manos arriba y los pies en el agua aguardó á su hermana.

El peligro á que la niña iba á esponerse, era para atemorizar un alma mas fuerte que la suya. Sin embargo, al ver á Lúculo que la llamaba en voz baja, pasó la lumbreira y oyó á su hermano murmurar estas palabras:

« ¡Suelta las manos, Nina! »

Ambos cayeron al mar en el momento en que los marineros empezaban á remar, y el jóven se dejó correr, arrastrando á su hermana: cuando salió con ella á flor de agua, descubrió en la sombra la forma vaga de la galera que continuaba su derrotero con lentitud.

Nina perdió el conocimiento con tan brusca caída; pero cuando volvió en sí la inminencia del peligro la dió resolución. Se agarró lo mejor que pudo á la cintura del nadador, sin embarrazar sus movimientos, y ayudándose con las piernas, se dejó llevar.

« ¿Estás bien, Nina? la preguntó Lúculo.

—Sí, sí, respondió brevemente, conteniendo la respiracion para no tragar el agua salada.

—¡Valor, pues, hermana, y bogue la galera! »

Y el intrépido mancebo, sonriéndose de su chanzoneta y nadando como un pez, avanzaba con la seguridad y precision de un nadador consumado. Seguramente era una cosa solemne y terrible ver á aquellos dos fujitivos en medio del mar, siempre dispuesto á devorar una presa!... El cielo favoreció á los dos hermanos, y al fin tocaron un islote situado en aquella época á un cuarto de legua de Queiven.

Nina exhaló un grito de alegría, se sentó sofocada sobre la arena y respiró con delicia las robustas bocanadas del aire salitroso.

« ¡O ventura! dijo llorando de placer; ¡ya estamos en seguridad!... ¡he tenido un miedo! Hermano, permanezcamos aquí hasta que vengan á buscarnos.

—Olvidas una cosa, hermana, y es que la marea vá á desalojarnos de aquí.

—¡Ah! repuso Nina en tono menos alegre; me asusta la marea; pero no tendré valor para volver á entrar en el agua.

Tampoco tendrás gana de irte anegando poco á poco.

—¡Es tan largo un cuarto de legua! dijo la niña llorando.

—Yo he andado hasta una legua á nado.

—¡Marchemos pues! exclamó Nina sin moverse de su sitio.

—¡Sí, levántate, y á la mar! »

Nina hizo un esfuerzo violento y se levantó dispuesta á proseguir el penoso viaje; mas como el peligro que una vez se ha corrido no se arrostra de nuevo tan facilmente, solo cuando la marea iba á invadir el banco de arena, se atrevió la niña á intentar la travesía.

Lúculo y Nina, ayudados de la marea, avanzaban con presteza, cuando llegó á sus oídos un lejano rumor. Continuaron su derrotero y no tardaron en percibir una barca que hendía las hondas rápidamente. La impaciencia y la ansiedad se apoderaron del nadador, cuyos miembros empezaron á entorpecerse. Los músculos perdían el necesario resorte, y en vano el joven sacudía sus miembros para volverles la elasticidad: debilitáronse sus movimientos, y Nina conoció que andaba muy poco.

La pobre niña no profirió una queja, ni un suspiro siquiera: guardó silencio para no atormentar á su hermano, y apoderóse de ella el miedo, el terror que oprime el corazón, helando el alma! De pronto oyóse á poca distancia una voz extranjera, y Lúculo y Nina vieron una barca que se dirigía hácia ellos.

Perdida toda esperanza de salvacion, Nina despues de un instante de silenciosa lucha consigo misma, exclamó fuera de sí:

«Hermano, todo se concluyó; ya no puedes llevarme, y juntos vamos á perdernos..... Adios, pues, hermano mio, adios!....»

Y diciendo estas palabras, soltó la cintura de Lúculo y desapareció. El joven se sumerjió tras ella y la sacó á flor de agua.

«¡En nombre de nuestro Dios! ¡en nombre de nuestra difunta abuela! exclamó el mancebo llorando.... Nina, sígueme hasta el último momento!

—¡No, no, sin mí puedes escaparte!

—¡Jamás; muramos ó salvémosnos juntos!

—¡Huye, dijo Nina sollozando, huye, pues nos persiguen furiosos!

—¿Que importa su furia? Vamos, Nina, agárrate con mas fuerza á mi cintura, que me siento con doble vigor.... Ora y avancemos!»

En efecto, el peligro le dió robustez, y nadó con mas presteza que antes; pero la barca francesa, mas ágil, se les echaba encima, llevando un farolillo en el tope, y por una cruel fatalidad seguía ó parecía que seguía los rodeos que daban nuestros fujitivos para separarse á un lado, evitando el derrotero de la lancha.

La energía facticia de Lúculo no tardó en ceder como una ola, y pronto luchó contra la estincion de sus desesperados esfuerzos; sus brazos y sus piernas se encojieron como la baliza de los escollos; sosteníase en el agua por medio de convulsiones mas raras de minuto en minuto, y profería palabras sordas y entrecortadas que Nina no comprendía.

De repente se alzó como para exhalar el último suspiro, y exclamó con voz casi apagada.

«¡Pobre hermana, quería salvarte, y te he perdido!.. perdóname.... yo muero!.....»

Nina no respondió, cojió á su hermano por el cuello, lo estrechó convulsivamente, y ambos rodaron al fondo....

A poco la barca viró de costado y se dirigió en busca de la galera sin llevar los fujitivos.

V.

Algunos meses despues de este suceso, la plaza de Queinven presentaba el aspecto de una gran fiesta. El suelo estaba cubierto de flores, y las chozas aparecían adornadas con guirnaldas. Al frente de la plaza se habia levantado un dosel magnifico, al rededor del cual habia muchos hombres de armas, alegres y satisfechos, mientras los habitantes de Queinven y la jente que habia acudido de diez leguas á la redonda, estaban pensativos y cabizbajos, ó presenciaban graves y frios aquellos preparativos. Su aptitud revelaba suficientemente que en nada se interesaban de lo que iba á pasar, y que al adornar sus viviendas no habian hecho otra cosa que cumplir superiores mandatos.

Tratábase de recibir al rey Hermenerico, causa de sus miserias, el cual volvia de una espédition contra los vándalos, á los cuales acababa de derrotar. A pesar del lujo y el boato nunca vistos por los sencillos galaicos, la multitud no se agolpaba con tanto gusto en torno del rejio dosel, como junto á una simple piedra de granito, que se elevaba sin fausto ni adorno en medio de la plaza, y que tenia grabadas algunas letras geroglíficas.

Numerosos grupos se habian formado en derredor de algunos vecinos de Queinven, y estos les contaban la lamentable historia de dos niños, historia que hacia llorar á cuantos la escuchaban.

«¡Por San Mateo! exclamaba en un grupo un marinero de cierto buque surto en la bahía, en el momento en que el padre Marcos, pues no era otro el que contaba la historia, decia haber hallado al rayar el dia á Lúculo y Nina tendidos en la playa estrechamente abrazados, y sin dar señales de vida... Por San Mateo, que si hubiese estado aquí, hubiera hecho tragar á los pobres niños algunas gotas de un licor ejipcio, escelente para recobrar las fuerzas.

—¡Ay! respondió el anciano moviendo la cabeza; no hay licor que vuelva la vida á los muertos, y Luculo no existia.

—¿Y Nina? ¿y Nina? preguntó todo el grupo al mismo tiempo.

—Nina, repuso Marcos, no habia muerto, y al cabo de algunas horas recobró los sentidos; pero todo el dia estuvo delirando. Despues, cuando se sintió mejor, nos contó con voz débil é interrumpida las diversas circunstancias de su evasión... llamó á su hermano.... y exhaló el último suspiro....

—¡Pobre niña! murmuraron los que escuchaban el relato.
—¿Y la habeis enterrado aquí? preguntó el marinero.
—A ella y á su hermano, respondió el padre Marcos: los hemos reunido en el seno de la muerte como era justo, y hemos elevado en la plaza este mausoleo para honrar la memoria de los hijos adoptivos de mi corazon, hijos amados, cuyo afecto embellecia mi vejez pobre y solitaria.

Cuando el anciano decia estas palabras, un heraldo atravesaba la plaza anunciando la llegada del rey, el cual apareció á poco rato acompañado de una espléndida escolta. A paso lento cruzó la plaza, y fué á colocarse en el solio, cercado de varios sacerdotes druidas y muchos altos dignatarios.

Hemos dicho mas arriba que en la bahía estaba surto un buque, en el cual debia embarcarse el rey con su corte y un atahud, donde yacia uno de los suyos, muerto en un combate contra los vándalos. Despues de descansar el rey en el dosel, dirigióse al buque con su comitiva, y apenas puso el pie á bordo, se le presentó un anciano, el cual le dijo con voz conmovida, pero fuertemente acentuada:

¡Oh rey Hermenerico! escuchad al anciano. Sus palabras serán severas, pero ofrece el resto de su vida para espíarlas. ¿Habeis llenado los deberes de soberano? ¿habeis oido las quejas del pobre? ¿procurais detener las lágrimas que hacen verter vuestros recaudadores? ¿sabeis que venden á los niños de los infelices que no pueden pagar las contribuciones que nos imponeis? ¡Oh Hermenerico! que Dios os castigue por vuestra espantosa crueldad ó culpable indiferencia!

El rey miró á Marcos con ojos de tigre; pero al ver aquella cabeza calva y los ochenta años del antiguo pescador, puso la mano sobre el atahud de su muerto pariente, á quien los suevos tenian por santo, y pronunció estas palabras:

«Glorioso Mauricio, juro por tus manes no exigir contribucion á este pueblo cuya soberania me han dado las armas.»

Y volviéndose á Marcos, le preguntó:

«¿Estás contento del rey?

—¡Este dia será para el pueblo un dia de fiesta! respondió el anciano.

—Vete pues, y entrégate á la alegría.

—¡Oh Hermenerico, mi alegría está en la tumba! respondió Marcos con voz triste, y saltó á tierra, siendo paseado en triunfo por toda la poblacion.

VI.

Muchos siglos han corrido desde aquella época, y el pueblo que en el siglo quinto tomó el nombre de Queinven, lleva hoy

el de Camariñas. Este puerto, situado al N. del cabo Prior, importante en tiempo de la dominacion romana, y considerable despues por su comercio de tejidos de paja, tiene en el día muy poca importancia.

En sus inmediaciones se ven aun ruinas de un templo romano, y no hace muchos años se enseñaba á los viajeros una losa groseramente esculpida con algunos caracteres célticos que los paleógrafos descifraban así:

AL CARIÑO FRATERNAL

de

LUCULO Y NINA.

TENORIO.





A NUESTRA SEÑORA DEL AMPARO.

A dónde alzar mis ojos, que abate mi quebranto,
Sino es á tí, Señora, que miras mi afliccion?
A tí que me prometes con tu estrellado manto
Cubrir ay! las heridas del tierno corazon!

A tí que del Amparo te llaman la Señora,

Porque en tus brazos le hallan los que sin él están,
 Porque á tus pies descansa el que infeliz te implora,
 Porque tu oído acoje los ayes de su afán.

A tí, vírjen hermosa, que nunca fuiste esquivo
 Con el que al fin te busca contrito pecador;
 A tí vuelvo mis ojos, pues juzgo es compasiva
 La vírjen á quien tengo por madre del amor.

Amar fué mi delito, mis culpas son de amores;
 O vírjen soberana, amando me perdí:
 Hoy triste y sin consuelo, solo con mis dolores
 Me encuentro abandonado si no hallo amparo en tí!

He sido un hijo ingrato, piadosa madre mia,
 Ya lloro lo que cuesta la negra ingratitud;
 De hoy mas serás tu sola, mi dicha y mi alegría,
 Tú que haces que mi pecho renazca á la virtud.

Por tí serán mis votos, mis tiernos sentimientos;
 En tí mis esperanzas revivirán mejor:
 Que sola tú mereces mis nobles pensamientos,
 Tú solo, vírjen mia, madre de un santo amor!

GREGORIO ROMERO LARRAÑAGA.

A NUESTRA SEÑORA DEL AMPARO.

A dónde alzar mis ojos, que alarde mi quebranto,
 Si no es á tí, Señora, que miras mi aflicción?
 A ti que me prometes con tu estrellado manto
 Cubrir ay! las heridas del tierno corazón!

A ti que del rayo de tu luz, Señora,